

día que, volviendo de una cacería de zorras á la que había prometido ir, sin duda por artificio, se dirigió hacia un seto de su parque, en donde decía que veía un hermoso caballo. Como tenía pasión por los caballos, avanzó para admirar aquél de cerca, y vió á lady Catesby, en cuyo auxilio había á un tiempo de acudir, por poco celoso que fuese de su honor. Se lanzó sobre un caballero, é interrumpió la criminal conversación cogiéndole por la cintura y lanzándole por encima del seto al otro lado del camino.

—Acuérdese usted, caballero, que para pedir aquí alguna cosa, será necesario, en lo sucesivo, que se dirija usted á mí —le dijo sin cólera.

—Pues bien, milord, ¿tendría usted la bondad de arrojarme también mi caballo?

Pero el lord flemático había tomado ya el brazo de su mujer, y le decía con gravedad:

—Querida mía, siento mucho y desapruero el que no me hayas prevenido de que tenía que amarte por dos. En adelante, los días pares te amaré por esc caballero, y los demás por mí.

Esta aventura pasa en Inglaterra por una de las entradas en casa más graciosas que se conocen. Es verdad que esto era reunir con una facilidad rara la elocuencia del gesto á la de la palabra.

Pero el arte de volver á casa, cuyos principios no son más que deducciones nuevas del sistema de cortesía y de disimulo recomendado en nuestras Meditaciones anteriores, no es más que la preparación constante de Peripecias conyugales de que vamos á ocuparnos.

## MEDITACIÓN XXII

### DE LAS PERIPECIAS

La palabra *peripecia* es un término de literatura que significa *golpe teatral*.

Promover una peripecia en el drama que representáis, es un medio de defensa tan fácil de emprender, como inseguro

su éxito. Aunque os aconsejamos su empleo, no hemos de ocultaros sus peligros.

La peripecia conyugal puede compararse á esas peligrosas fiebres que matan á un sujeto bien constituido ó lo restablecen para siempre. De modo que cuando la peripecia tiene éxito, lleva para muchos años á una mujer á las sabias regiones de la virtud.

Por lo demás, este medio es el último de todos los que la ciencia ha permitido descubrir hasta ahora.

La San Bartolomé, las Vísperas Sicilianas, la muerte de Lucrecia, los dos desembarcos de Napoleón en Frejus, son peripecias políticas. Sabido es que no podréis vosotros promoverlas de tanta importancia; pero, en proporción, vuestras peripecias conyugales no dejarán de ser menos poderosas que éstas.

Pero como que el arte de crear situaciones y cambiar por medio de acontecimientos naturales la paz de las escenas constituyen el genio; como que la vuelta á la virtud de una mujer cuyo pie ha dejado ya algunas huellas en la dorada y suave arena de los senderos del vicio es la más difícil de todas las peripecias, y como que el genio no se aprende ni se adquiere, el licenciado en derecho conyugal se ve obligado aquí á confesar su impotencia para reducir á principios fijos una ciencia tan mutable como las circunstancias, tan fugitiva como la ocasión, tan indefinible como el instinto.

Sirviéndonos de una palabra que Diderot, de Alemnbert y Voltaire no pudieron naturalizar, á pesar de su energía, diremos que una peripecia conyugal *se huele de lejos* (1). De modo que nuestro único recurso queda reducido á delinear imperfectamente algunas situaciones conyugales análogas, imitando á aquel filósofo de la antigüedad que, intentando en vano explicarse el movimiento, se ponía á andar para ver si lograba entender sus incomprensibles leyes.

Según los principios consignados en la Meditación sobre la policía, el marido debe tener terminantemente prohibido á su mujer que reciba al soltero que supone es su amante; ella ha prometido no verle nunca.

Las pequeñas escenas íntimas las abandonamos á las ima-

(1) *Subodorer*, verbo francés poco usado, que significa oler de lejos, es la palabra á que se refiere el autor.—(N. del T.)

ginaciones matrimoniales, pues un marido debe saber pintarlas mejor que nosotros trasladándose, con el pensamiento, á aquellos días en que ciertos deliciosos deseos originaron sinceras confidencias, y en que los resortes de su política sincieron en juego maquinaciones diestramente preparadas.

Supongamos, para dar más interés á esta escena anormal, que seas tú, el marido que me lees, el que, gracias á la policía cuidadosamente organizada, descubres que tu mujer, aprovechándose de un banquete ministerial, al que ella ha hecho que te invitaran, tiene que recibir al señor A Z.

Ahí hay todas las condiciones exigidas para realizar una de las peripecias más hermosas que nadie pueda imaginar.

Vuelves bastante á tiempo para que tu llegada coincida con la del señor A-Z, pues no te aconsejaremos que te arriesgues á hacer el entreacto demasiado largo. Pero ¿cómo debes entrar? ¿Siguiendo los principios de la Meditación precedente? No. ¡Furioso, pues? Menos aún. Debes llegar como el hombre atolondrado que se ha dejado su portamonedas ó su Memoria para el ministro, su pañuelo ó su petaca.

Entonces, sorprenderás á los dos amantes juntos, ó tu mujer, advertida por su camarera, habrá escondido á su amante.

Examinemos nuestras dos situaciones únicas.

Advirtamos aquí que todos los maridos deben hallarse en estado de causar terror en su hogar, y preparar muy de antemano doses de Septiembre matrimoniales.

Así es que un marido, desde el momento que ve en su mujer algunos de los primeros síntomas, no debe dejar de dar su opinión, de cuando en cuando, acerca de la conducta que debe observar un esposo en los casos de grandes crisis conyugales.

—Yo—debéis decirle, —no titubearía en matar al hombre á quien sorprendiera á los pies de mi mujer.

Con motivo de una discusión suscitada con cualquier pretexto, debéis de lamentaros de que la ley no haya dado hoy al marido, como hacían los romanos, derecho de vida y muerte sobre sus hijos para poder matar á los adúlteros.

Estas feroces opiniones, que á nada os obligan, imprimán en vuestra mujer un terror saludable; es más, debéis de decirle á veces riéndoos:

—¡Oh! ¡Dios mío! sí, amor mío, te mataría en seguida. ¿Te gustaría morir á mis manos?

Una mujer no puede menos de temer que esta broma se convierta algún día en cosa seria, pues siempre queda algún amor en estos crímenes involuntarios; además, sabiendo las mujeres, mejor que nadie, decir la verdad riendo, sospechan algunas veces que sus maridos emplean esta astucia femenina.

Entonces, cuando un esposo sorprende á su mujer con su amante, aunque sólo sea en conversación inocente, su cabeza, virgen aún, debe producir el efecto mitológico de la célebre Gorgonia (1). Para obtener en este caso una peripecia adorable, es preciso, según el carácter de vuestra mujer, ó desempeñar una escena política á lo Diderot, ó usar la ironía, como Cicerón, ó avalanzaros sobre las pistolas cargadas con pólvora solamente, y hasta dispararlas si crees necesario un gran estrépito. Un marido mañoso ha sabido sacar mucho partido de una escena de *sensibleria* moderada. Entró, vió al amante y lo despidió con una mirada. Una vez fuera el amante, cayó de rodillas á los pies de su mujer y declamó un rato, diciéndole, entre otras cosas, la siguiente:

—¡Cómo! querida Carolina, ¡yo no he sabido amarte!

Él llora, llora ella, y esta peripecia lacrimosa no tuvo nada de incompleta.

Con motivo del segundo modo como puede presentarse la peripecia, explicaremos los motivos que obligan á un marido á preparar esta escena, según el grado más ó menos elevado de la fuerza femenina.

¡Prosigamos!

Si por fortuna encontraseis al amante escondido, la peripecia resultará mucho más bella.

Por poco que haya sido dispuesta vuestra casa según los principios establecidos en la Meditación XIV, reconoceréis fácilmente el sitio en que el amante está agachado, aunque se hubiese hecho un ovillo, como el don Juan de lord Byron, bajo la almohada de un sofá. Si, por casualidad, vuestra casa está en desorden, debéis tener un convencimiento bastante perfecto de ella para saber los lugares en que un hombre puede meterse.

(1) Monstruo mitológico que con sus miradas mataba y aun petrificaba á los hombres.—(N. del T.)

En fin, si, por alguna inspiración diabólica, se hubiese hecho tan pequeño que se hubiese metido en un lugar inimaginable (pues todo se puede esperar de un soltero), ó vuestra mujer no podrá menos de mirar á aquel lugar misterioso, ó fingirá dirigir los ojos á la parte enteramente opuesta, y entonces nada más fácil á un marido que tender una pequeña ratonera á su mujer.

Una vez descubierto el escondite, os vais derecho hacia el amante. ¡Lo encontraréis!

Llegado aquí, procuraréis mostraros arrogante. Mantened siempre vuestra cabeza de perfil y levantada con aire de superioridad. Esta actitud influirá mucho en el efecto que vais á producir.

En este momento, vuestra obligación más esencial consiste en aplastar al amante con una frase notable que habréis tenido tiempo de improvisar; y, después de haberle aterrorizado, le indicaréis friamente la salida. Debéis mostraros muy cortés, pero tan mordaz como el hacha del verdugo, y tan impasible como la ley. Este desprecio glacial engendrará acaso ya una peripecia en el ánimo de vuestra mujer. Nada de gritos, nada de gestos, nada de arrebatos. Los hombres de las altas esferas sociales—ha dicho un autor inglés—no deben parecerse en nada á esas genticillas que no saben perder un tenedor sin alborotar todo el barrio.

Una vez que el soltero se ha marchado, os encontraréis solo con vuestra mujer; y, en esta situación, debéis reconquistarla para siempre.

En efecto, os colocáis ante ella afectando uno de esos aires cuya falsa calma denota profundas emociones; después, de las siguientes ideas, escoged las que os parezcan más á propósito para el caso:

—Señora, no he de hablarle á usted aquí ni de sus juramentos ni de mi amor, pues tiene usted demasiado talento y yo demasiado orgullo para que me mortifique con las quejas ordinarias que todos los maridos tienen derecho á hacer en tales casos. Lo peor del caso es tener demasiada razón. Tampoco alimentaré, si me es posible, cólera ni resentimiento. No soy yo el ultrajado, pues tengo demasiado corazón para no hacer caso de esa opinión común que cubre casi siempre muy justamente de ridículo y de reprobación al marido cuya mujer se conduce así. Me examino, y no veo por qué motivo he podido merecer, como la mayor parte

de ellos, el ser vendido. La amo á usted aún. Nunca he faltado, no digo á mis deberes, pues nunca me ha parecido penoso el adorar á usted, sino que tampoco á las dulces obligaciones que nos impone un sentimiento verdadero. Usted cuenta con toda mi confianza y administra mi fortuna. Yo no le he negado nunca nada á usted. En fin, esta es la primera vez que muestro á usted un semblante, no diré severo, pero sí de desaprobación. Dejemos esto, sin embargo, pues yo no debo hacer mi apología en un momento en que usted me prueba con mucha energía que me falta necesariamente algo, y que no estoy destinado por la naturaleza á llevar á cabo la difícil obra de su felicidad. Pero preguntaré á usted, hablando como amigos, cómo es posible que se haya atrevido á exponer la vida de tres seres á la vez... la de la madre de mis hijos, que será siempre sagrada para mí; la del jefe de la familia, y, finalmente, la del... que usted ama (acaso se arrojará á vuestros pies; pero es preciso no consentirlo nunca bajo pretexto de que es indigna de mantenerse allí), porque usted ya no me ama, Elisa. Ahora bien, pobre hija mía (no debéis llamarla pobre hija mía nada más que en el caso de que no se haya cometido el crimen), ¿por qué engañarnos?... ¿Por qué no me lo decía usted?... Cuando el amor se extingue entre dos esposos, ¿no queda la amistad, la confianza? ¿No somos dos compañeros asociados para hacer un mismo viaje? ¿Está determinado que, durante el camino, nunca tendrá el uno que tender la mano al otro para levantarlo ó para impedirle que caiga?... Pero tal vez digo demasiado, y hiero su orgullo de usted en lo más vivo... ¡Elisa!... ¡Elisa!...

¿Qué diablo queréis que responda una mujer?... Aquí tiene que haber necesariamente una peripecia.

De cien mujeres, existen por lo menos media docena de criaturas débiles que, al recibir esta gran sacudida, vuelven sin duda para siempre á sus maridos, como verdaderas gatas escaldadas que temen en lo sucesivo el agua fría. Sin embargo, esta escena es un verdadero alexifármaco cuyas dosis deben ser administradas por manos prudentes.

Para ciertas mujeres que tienen las fibras blandas, cuyas almas son dulces y temerosas, bastará, señalando el escondite en que yace el amante, decirle:

—¡El señor A-Z está ahí!... (y os encogéis de hombros).  
¿Cómo se atreve usted á desempeñar una comedia que pu-

diera ocasionar la muerte de dos hombres honrados? Yo salgo, hágale usted escaparse y que esto no vuelve á ocurrir más.

Pero hay mujeres cuyo corazón, demasiado dilatado, se relaja con estas peripecias; otras cuya sangre se agolpa á su corazón y caen gravemente enfermas. Algunas son capaces de volverse locas. No falta ejemplo tampoco de algunas que se envenenan ó que mueren de muerte repentina, y nosotros no creemos que deseéis la muerte del pecador.

Sin embargo, María Estuardo, la más bonita, la más galante y la más hermosa de todas las reinas de Francia, después de haber visto matar á Rizzio casi en sus brazos, no dejó de amar al conde de Bothwell; pero esta era una reina, y las reinas son naturalezas aparte.

Supondremos, pues, que la mujer cuyo retrato hemos hecho en nuestra primera Meditación es una pequeña María Estuardo, y no tardaremos en levantar el telón para el quinto acto de este gran drama titulado el MATRIMONIO.

Las peripecias conyugales pueden manifestarse en todas partes y pueden ser originadas por mil accidentes distintos. Tan pronto será un pañuelo, como en el Moro de Venecia, ó un par de zapatillas, como en Don Juan, como el error de vuestra mujer, que exclamará: ¡querido Alfonso! en lugar de ¡querido Adolfo! Por fin, muchas veces un marido, viendo que su mujer está cargada de deudas, va á buscar al principal acreedor y lo conduce á la fuerza á su casa para preparar de ese modo una peripecia.

—Señor José, es usted platero, y la pasión que tiene usted por vender alhajas sólo iguala á la que tiene usted porque se las paguen. La señora condesa debe á usted treinta mil francos. Si quiere usted recibirlos mañana (es preciso ir á ver siempre al industrial á fines de mes), vaya usted á su casa al mediodía. Su marido estará en el cuarto; no haga usted caso de las señas que ella pueda hacerle para que guarde silencio. Hable usted con osadía, y yo pagaré.

En fin, la peripecia es en la ciencia del matrimonio lo que los guarismos en aritmética.

Todos los principios de alta filosofía conyugal que animan á los medios de defensa indicados en esta segunda parte de nuestro libro, están tomados de la naturaleza de los senti-

mientos humanos; los hemos encontrado esparcidos en el gran libro del mundo. En efecto, así como las personas ocurrentes aplican instintivamente las leyes del gusto, á pesar de que se verían muy apuradas para deducir sus principios, asimismo hemos visto nosotros á muchas gentes apasionadas emplear con rara precisión los principios que acabamos de desarrollar, á pesar de que ninguno de ellos obraba guiado por ningún plan fijo. El sentimiento de su situación no les revelaba más que fragmentos incompletos de un vasto sistema, pareciéndose en esto á los sabios del siglo xvi, cuyos microscopios no estaban bastante perfeccionados para permitirles ver todos los seres cuya existencia les hacía presentir su paciente genio.

Esperamos que las observaciones apuntadas ya en este libro, y las que han de sucederles, serán tales, que destruirán la opinión de los hombres frívolos que consideran el matrimonio como una prebenda. Para nosotros, un marido que se aburre es un hereje, más aún, es un hombre colocado necesariamente fuera de la vida conyugal y que no la concibe. Desde este punto de vista, acaso estas Meditaciones descubrirán á muchos ignorantes los misterios de un mundo que tenían á sus ojos, pero que no podían ver.

Confiamos, además, en que estos principios, sabiamente aplicados, podrán operar muchas conversiones, y que entre las hojas casi blancas que separan esta segunda parte de la GUERRA CIVIL, habrá muchas lágrimas y muchos arrepentimientos.

Sí; de las cuatrocientas mil mujeres decentes que tan cuidadosamente hemos elegido en el seno de todas las naciones europeas, nos complacemos en creer que habrá un determinado número de ellas, trescientas mil, por ejemplo, que serán bastante perversas, bastante encantadoras, bastante adorables, bastante belicosas, para levantar el estandarte de la GUERRA CIVIL.

—¡A las armas, pues, á las armas!